

El Llamado a la Puerta de la Iglesia de Laodicea

Un sermón basado en Apocalipsis 3:20

Por Rev. H. Hofman (Sr.)

Salterio 237:1 - 3
Salterio 250:1
Apocalipsis 3:13-22
Salterio 387:1, 4, 5, 6
Salterio 357:1-4
Salterio 83:2-3

Querida congregación:

La palabra del Señor en la cual deseamos meditar esta mañana se encuentra en el capítulo que hemos leído juntos, Apocalipsis 3, el versículo 20, donde leemos de Palabra de Dios: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”*. En estas palabras vemos:

El Llamado a la Puerta de la Iglesia de Laodicea

Vamos a considerar:

- 1. Quién está llamando;**
- 2. Dónde está llamando; y**
- 3. Por qué está llamando.**

Congregación, el apóstol Juan, exiliado en la isla de Patmos, había recibido una revelación milagrosa en cuanto a las cosas que acontecerían pronto. El Cristo exaltado se le había aparecido, Él Quien había dicho a Juan y los otros discípulos: *“He aquí estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mt. 28:20).

Jesucristo, Quien anda en medio de los siete candeleros de oro, envió un mensaje a las siete iglesias de Asia. Cada uno de estos mensajes concluyó de la misma manera: *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*. Así esta advertencia viene también a nosotros; somos llamados en la casa de Dios, y se nos exhorta oír lo que el Señor nos dice.

Este mensaje no sólo tenía que ser llevado al ángel de la iglesia, sino que también tenía que ser pasado a todos los que pertenecían a esa iglesia. La última epístola enviado desde el cielo por Cristo

exaltado fue dirigida a la iglesia de Laodicea. Laodicea era una ciudad mercantil muy próspera. Cerca de Laodicea había pozos de agua tibia. Cuando los mercaderes viajaban a esta ciudad y querían refrescarse con estos pozos de agua, se dieron cuenta de que las aguas no eran frías, sino tibias. No era nada refrescante, y ellos la echaron de sus bocas, pues tomar agua tibia no es nada agradable.

Cristo usó esta imagen para ilustrar que la iglesia de Laodicea era “tibia”; no era fría ni caliente, y Él les dice que si no se arrepienten, los vomitará de Su boca. Podemos aprender del contexto cuál fue la condición de esta iglesia de Laodicea. En las cartas anteriores a las otras iglesias leemos advertencias acerca de toda clase de herejía, pero esto no es el caso con la iglesia de Laodicea. “*Yo conozco tus obras*”, dice el Señor Jesús. No es que retuvieran la doctrina de Balaam, tal como la iglesia en Pérgamo (2:14), ni que hubieran seguido otras herejías, sino que la iglesia de Laodicea no era ni fría ni caliente. El Señor Jesús añade estas palabras: “*¡Ojala fueses frío o caliente!*”

En la iglesia de Laodicea la gente no se preocupaba; estaba orgullosa y contenta con su forma de ser y su manera de vivir. En el versículo 17 de nuestro capítulo, el Señor Jesús dice: “*Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad*”. Estaban orgullosos de que no había herejías ni errores entre ellos, y seguían en sus vidas sin necesidad de nada. Pueden cantar, pueden orar, asisten fielmente a los cultos, y así piensan que tienen todo lo necesario. Siempre están tranquilos y ni siquiera les ocurre examinar su corazón, pues “de ninguna cosa tienen necesidad”. Así viven los miembros de la iglesia de Laodicea, y jamás entra en su mente de idea de que tal vez no tengan la conversión verdadera.

En nuestro día también hay muchos que viven de la misma manera. Vivimos una vida decente, no somos como aquellos que viven como borrachos en las fiestas. Y es más, muchos dicen que no podemos convertir a nosotros mismos, y así hacen una excusa de su incapacidad. Otros han encontrado su “salvación” fuera de Cristo, y se sienten bien con todas sus virtudes y las buenas obras que hacen. Cuando se les exhorta examinarse, contestan que ya poseen la vida nueva, y no tienen necesidad de nada.

Sin embargo, ¿está Cristo de acuerdo con ellos? Escuchemos lo que Él dice: “*Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*”. Oh congregación, lo que dice Cristo acerca de esta iglesia es muy distinto a lo que dicen de sí misma. Queridos amigos, ¡les ruego considerar que se trata de su bienestar eterno! No nuestro juico, sino el de Cristo es lo que será lo conclusivo. “*Yo conozco tus obras*”, dice Cristo.

El Señor Jesús usa este ejemplo sencillo del agua tibia para que los de Laodicea entendieran. No eran ni fríos ni calientes. ¿Qué significa ser “frío”? Significa ser un pagano que vive de una manera impía. Una persona fría es una persona sin Dios que vive en el pecado, y que no quiere nada que ver con el servicio del Señor. Una persona que vive para los deseos de la carne es una persona “fría”; también lo son las personas que se burlan de Dios y su servicio y sólo viven para disfrutar de los placeres del mundo.

Pero estas personas de la iglesia de Laodicea no eran así. No vivían de una manera pagana; al contrario, eran muy religiosas. Sin embargo, tampoco eran calientes. ¿Qué significa ser “caliente”? Son las personas que temen al Señor y Lo aman con fervor y con todo su corazón. Son aquellas personas que sirven al Señor con toda su vida, y aman al Señor con todo su ser y sobre todo. Hablando espiritualmente, una persona “caliente” es alguien que clama con David: “*Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo*” (Sal. 84:2), y dicen con Asaf: “*¿A quién tengo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra*” (Sal. 73:25). Sin embargo, tampoco eran las personas de la iglesia de Laodicea así. El Señor les dice: “*No eres ni frío ni caliente*”. No sirven el mundo, pero tampoco sirven al Señor de una manera correcta. Son tibias, y ya hemos mostrado que algo tibio no es algo agradable.

Pienso en el ejemplo de un padre o una madre, o tal vez ambos, que no son diligentes en su trabajo y sólo lo hacen a medias. Pienso en el ejemplo de niños y jóvenes que no se esfuerzan en el colegio, y sólo hace lo más mínimo. De igual manera, hay muchos que van a la iglesia, no se preocupan de cómo es el caso entre Dios y su alma. Están entre el Señor y Baal, y no adoran ni al uno ni al otro, y así no son frío ni calientes, sino tibios.

En la ciudad de Laodicea no había personas como María que lamentaba, como Pedro que era tan celoso en la fe, ni había personas como David que confesaba sus pecados. No había los que lamentaban su culpa ante el Señor. Las bendiciones no impresionaban a los de Laodicea, y los juicios nos les dieron temor. Están contentos con su forma de religión. El trompeta del Evangelio suena, pero nadie responde. Cuando les tocaron flauta no bailaron, y cuando les endecharon no lamentaron (Mt. 11:17). Están tibios en cuanto a su oración; están tibios en su confesión de su pecado; están tibios bajo la predicación de la Palabra. Están tibios en su amor, en su fe y en su esperanza. Por eso, congregación, el Señor les dice: *“Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente”*. El Señor ve todo, y conoce hasta los pensamientos.

Congregación, ¿cómo es el caso con nosotros? ¿Hemos lamentado nosotros cuando nos endecharon y cuando nos predicaron acerca de los juicios de Dios? ¿Qué hemos hecho cuando nos predicaron acerca de nuestro estado perdido, y que somos muertos en el pecado y la iniquidad? ¿Hemos lamentado nosotros? ¿Conoces tú algo de la tristeza según Dios? ¿Has llegado a conocer esa tristeza que experimentó David cuando el profeta Natán le dijo: *“Tú eres aquel hombre”* (2 Sam. 12:7)?

Por otro lado, ¿cuál ha sido nuestra reacción cuando el dulce sonido del Evangelio nos ha sido predicado? ¿Qué hemos hecho cuando escuchamos acerca de la gracia de Dios a través de Jesucristo, Quien vino a buscar y salvar a los perdidos? ¿Has experimentado tú ese gozo santo en tu corazón al oír que alguien como tú aún puede ser salvo?

Oh congregación, las cosas van mal en la iglesia de Laodicea. Pero aun así, esta iglesia recibe una carta, un mensaje del cielo. *“He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto...”* (v. 14). El que escribe estas cosas es el Mediador exaltado Quien no engaña, no exagera y no se equivoca, y cuya boca siempre habla la sabiduría. Él mira a través de la *forma* de la religión al corazón. Él no vino a destruir el alma del hombre sino a salvarla. En Su gran misericordia el Hijo eterno de Dios envía una carta a la iglesia de Laodicea. Él llama a la puerta y dice: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo”*. Aún no es demasiado tarde para la iglesia de Laodicea. En Su gran misericordia, el Señor aún advierte a esta iglesia. En Su gran bondad Él no los vomita de Su boca, sino

que les toca el dulce sonido del Evangelio otra vez. Es su gran bondad que no les haya echado al juicio para siempre. Como Él dice en Su Palabra: *“Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva”* (Ezeq. 33:11).

Queridos amigos, también para nosotros no es demasiado tarde. El Señor conoce nuestro corazón, y sabe los pensamientos de cada uno. También hoy el Señor llama a la puerta de nuestro corazón. En Su gran misericordia aconseja a los que son ricos y se han enriquecidos, diciéndoles en el versículo 18 y 19: *“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete”*.

El Señor no viene primeramente con la plenitud de Su misericordia y con todo lo que ha conseguido para Su pueblo, sino que viene primero con la gloria de Su propia persona. *“He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero...dice estas cosas”*. Muchas veces el Señor Jesús usaba las palabras “He aquí” cuando sabía que lo que iba a decir sería en contra de la opinión de Sus oyentes. ¡Cuántas veces lo que pensamos nosotros está en contra de lo que el Señor dice acerca de nosotros! Con Sus palabras a la iglesia de Laodicea, Jesús quiere decir: “Están equivocados; las cosas no andan bien con ustedes. Escúchenme, Yo que soy la verdad. Yo soy el Amén, y por lo tanto lo que digo es la verdad”. Oh congregación, la apariencia de la verdad puede ser tan lejos de la verdad misma. Satanás tergiversa la verdad, tal como hizo en el Paraíso, diciéndole a Eva: “No morirás”. También pienso en el mundo y nuestro corazón impío, dos cosas que tantas veces hacen el opuesto de lo que nos dice Jesús. Por naturaleza, todo lo que está dentro de nuestro corazón resiste las palabras de Cristo, y queremos ser salvos pero sin Él. Queremos ser salvos llevando la “corona” de una vida legalista. Así que hemos visto cuántas voces existen, tanto dentro de nosotros como fuera de nosotros, que nos engañan. Y lo peor es que estamos más dispuestos a escuchar las voces equivocadas. Como los de Laodicea, somos ricos y nos hemos enriquecido.

Sin embargo, he aquí el “Amén”. Él también nos habla, y sólo debemos escucharle a Él, y tenemos que recibirlo por la fe verdadera. Todo lo que Él dice es fiel y verdadero. Él es la Fuente y la Raíz de la

creación, y por lo tanto es la Cabeza de la creación; “*Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*” (Jn. 1:3). Algún día Él nos juzgará, igual que la iglesia de Laodicea. También juzgará a ustedes, jóvenes entre nosotros; todos estaremos delante de Su trono de juicio. Por tanto debemos hacer caso a Sus testimonios, y tenemos que escuchar lo que Él nos dice. Oh congregación, ¡escuchen lo que Él dice! Que sean nuestras palabras: “*Escucharé lo que hablará Jehová Dios*” (Sal. 85:8). Que sepan ustedes que sin Cristo no pueden ser una nueva criatura, y Cristo tiene que tener el lugar más alto e importante en nuestro corazón. Vamos a considerar esto en nuestro segundo pensamiento, cuando meditamos en “**dónde está llamando**”.

SEGUNDO PENSAMIENTO

¿Dónde está el Amén? Está a la puerta y llama. Quiere decir que está afuera; sin embargo, no es como uno que ha cerrado la puerta y se va para siempre. Es cierto que merecemos que el Señor Jesús se vaya y nunca vuelva, pero queridos amigos, ¡Cristo no lo hace! ¡Qué milagro de la gracia de Dios! Cristo está afuera, pero aun así toca y llama a la puerta de nuestro corazón. En el idioma original, las palabras que se traducen como “está a la puerta” significan que se acerca Su oído a la puerta y escucha atentamente para ver si hay alguien que responde. Congregación, de la misma manera el Señor Jesucristo está a la puerta de nuestra vida, tocando y deseando entrar. Ahí está Él, lleno de misericordia. No sólo nos muestra nuestra gran necesidad y la justicia de Dios, y no sólo habla del mal que vive dentro de nosotros, sino que también dice: “*Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en el fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas*”. Oh congregación, Cristo está a la puerta de su vida y su corazón.

Amigo mío, ¿alguna vez te ha estado a tu puerta el Cristo bendito y glorioso? Es cierto que Él está fuera de la puerta de todos nosotros, sin ninguna excepción, por virtud de nuestro nacimiento, hasta podemos decir que Él está a la puerta de los niños recién nacidos y también de nuestros jóvenes. Por eso, este mensaje nos llega a cada uno esta mañana: “Yo estoy a la puerta y llamo”. Oh, ¡que seamos liberados del juicio de Dios, y que Cristo entre en nuestro corazón! Esto no es posible por virtud de nuestro

nacimiento en una familia cristiana, ni tampoco por virtud de nuestro bautismo o confesión de fe. La puerta de nuestro corazón sólo puede ser abierta por la fe verdadera y por la regeneración. Por naturaleza somos enemigos de estas riquezas, pues somos “ricos” en nuestras buenas obras y nuestra vida religiosa. Podemos hacer todo, o así pensamos, mientras Cristo está fuera, llamando a la puerta de nuestro corazón.

Congregación, ¿alguna vez les ha sido un motivo de tristeza el hecho de que Cristo está fuera de la puerta de su corazón? Estando tan cerca, aun así Él queda afuera. ¡Jóvenes, si tan sólo pudiéramos impresionarles con la seriedad de la vida! ¡Si tan sólo pudiéramos hacerle sentir su estado gravísimo si Cristo está fuera de su corazón!

Escuchemos lo que dice el Fiel: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo”*. Él desea entrar; no está allí con enojo ni con el ojo de fuego, listo a matar a pecadores. ¡Al contrario! Él está a la puerta esperando y escuchando para ver si hay una voz por el otro lado de la puerta. Él “llama”; es decir, se hace notar al decir: *“Oíd, y vivirá vuestra alma”* (Is. 55:3).

¿Qué es lo que proclama el Testigo Fiel? Son palabras de lamentación: *“¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz!”* (Lc. 19:42). Son palabras de invitación: *“A todos los sedientos: Venid a las aguas”* (Is. 55:1). Son palabras de urgencia: *“Hijo mío, dame tu corazón”* (Prov. 23:26). Son palabras de promesa: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mt. 11:28). Son palabras de exhortación: *“Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”* (Is. 1:18).

Así, congregación, Cristo está a la puerta y les dice: “Te aconsejo”. Y aun así, no hacemos caso al llamado a la puerta. Oh pecador tibio de Laodicea, *“...te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego”*. Congregación, miren y escuchen a este Rey celestial que llama a la puerta con los tesoros de Su gracia y misericordia. ¿Acaso no debemos estar avergonzados por causa de nuestra torpeza, y por haber cerrado la puerta nosotros mismos? Es nuestra propia culpa que los tesoros que Él ofrece en el Evangelio

no sean nuestros. Nosotros Lo hemos rechazado. Pero aun así, congregación, ¡Él llama a la puerta! Lo hace de varias maneras.

Cristo llama a la puerta cuando nos muestra el espejo de la Ley, para convencernos cuán grandes son nuestros pecados y miserias. ¿Acaso no exige la Ley de Dios obediencia perfecta? Por eso nos muestra el espejo de la Ley para que veamos lo que hemos llegado a ser por causa del pecado. ¿Cuántas veces al día están delante de un espejo? ¿Tal vez hasta diez veces al día? Oh amigos, pero eso es sólo para ver cuán bellos que son. Que Dios les muestre el espejo de la Ley más que el espejo de la vanidad; les aseguro que tendrán miedo cuando una vez vean lo que realmente son. Oh amigo mío, he aquí el “Amén”, el Testigo fiel y verdadero, llama a la puerta de tu corazón cuando por el espejo de la Ley te muestra que no hay la más mínima semejanza entre tu corazón y Su voluntad santa. ¡Cuánta vergüenza debemos tener cuando vemos lo pecaminoso y lo impío de nuestra vida!

Sin embargo, Cristo también llama a la puerta con Su Evangelio. Cada domingo Le complace al Señor reunarnos alrededor de Su Palabra. ¿Acaso no es un llamado a la puerta de nuestro corazón? ¿Cuántos hay en las tinieblas eternas que jamás habían oído este llamado a la puerta de su corazón? Y nosotros todavía podemos oír esta preciosa invitación de la gracia. ¡Cuán grande es la misericordia de Dios! De una manera amable, invitadora, lamentadora, exhortadora y prometedora, Él espera que la puerta sea abierta.

Cristo llama por medio de Su voz, pero también lo hace a través de Sus hechos. ¿Alguna vez ha escuchado este llamado, congregación? ¿Fue la predicación en la casa de Dios? ¿Fue la providencia de Dios en cuanto a las enfermedades graves y la muerte de los seres queridos? ¿Fue la adversidad o la prosperidad en su vida? Oh amigo mío, ¿por cuánto tiempo ha estado el Señor llamando a la puerta de tu corazón? Quizás sesenta, setenta o hasta ochenta años. *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo”*.

Jóvenes, quizás el Señor ha estado llamando a la puerta de su corazón por dieciocho años, y ¿está la puerta cerrada aún? Aun así, Él sigue llamando a la puerta. *“Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego”*. Niños entre nosotros, ¿por cuánto tiempo ha estado llamando Cristo a la puerta de su

corazón? Tal vez por cinco, siete, ocho o hasta diez años. Oh, Él los ha protegido y guardado cuando estaban en peligro, y esos peligros también eran llamados en la puerta de su corazón.

El apóstol Pablo dice: “*¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?*” (Ro. 2:4). Oh, ¡escuchen esta voz! “*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo*”. ¿Por cuánto tiempo seguirá llamando? Congregación, ¿pueden contestar esa pregunta? Es cierto que Él está lleno de misericordia y longanimidad, y no hace con nosotros conforme a nuestras iniquidades (Sal. 103:10), pero insisto, ¿pueden estar seguros de que Él seguirá llamando? Es posible que este sermón sea el último llamado a la puerta de su vida. Tal vez el mensaje hoy sea el último que escuchas. Oh amigos, el día de la salvación no será para siempre, y por eso les ruego hacer caso antes de que sea demasiado tarde. En la tumba ya no hay más posibilidad.

¿Por qué, pues, el Señor sigue llamando a la puerta? Aquí leemos: “*Si alguno oye mi voz...*”. Jóvenes y ancianos, Él sigue llamando allí, esperando que haya alguno que escuche Su voz. Esto es lo que vamos a tratar en nuestro tercer pensamiento: “**¿Por qué está llamando?**”

TERCER PENSAMIENTO

¿Por qué está llamando el Señor? “*Si alguno oye mi voz y abre la puerta*”. Muchas veces estamos inclinados a omitir estas últimas palabras “y abre la puerta”. Decimos: “¿Acaso alguien puede abrir la puerta por sí mismo? ¿No es la obra divina de Dios? ¿Acaso puede alguien que está muerto en pecados, incapaz de hacer nada bueno, hacer algo para su salvación? ¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? (Jer. 13:23) ¿Acaso alguien puede ir a Cristo a menos que el Padre lo atraiga?”

Oh congregación, lo importante no es tanto lo que podemos o no podemos hacer, sino lo que nos exige Dios. No pongamos límites en lo que el Señor nos exige. Aquí el Señor Jesús Mismo dice: “*Si alguno oye mi voz y abre la puerta*”. ¡Cuánto se nos acerca con estas palabras! Quienquiera que sea, sea la edad de sea, y por cuanto haya sido el pecador más malo y haya rechazado el Evangelio, y aunque hasta ha tapado sus oídos, no hay nadie demasiado malo para Cristo. “Si alguno...” Querido amigo, ¡qué privilegio sería si fueras tú aquel “alguno” que oyera la voz del Señor!

“*Si alguno oye mi voz y abre la puerta*”. Oh congregación, ¡qué milagro! Si alguien lamenta por haber pecado en contra de la Ley, o por no haber hecho caso cuando Cristo llamaba a la puerta, o por haber menospreciado Su voz, tal pecador experimentará la comunión verdadera con Cristo.

No obstante, ¡cuántas veces escuchamos las objeciones necias que dicen: “¡Pero el hombre no puede darse a sí mismo el corazón nuevo. ¿Acaso hay uno que sea capaz de abrir la puerta?” Querida congregación, Cristo no se equivoca al decir estas palabras de la Biblia. Es más, esto no es una parábola. Es una palabra que viene directamente desde el cielo al ángel de la iglesia de Laodicea.

“*Si alguno oye mi voz y abre la puerta*”. Una y otra vez decimos: “No puedo hacerlo”, y así rechazamos nuestra responsabilidad. Queridos amigos, ¿**por qué** no podemos abrir la puerta? ¿De dónde viene nuestra impotencia e incapacidad? Nuestra inhabilidad de abrir la puerta es nuestra **culpa** ante Dios, porque nuestra incapacidad es el resultado de nuestra falta de voluntad. Sin embargo, eso no hace que el Señor cambie Sus exigencias y demandas. Congregación, no busquen excusas; mientras vivimos sin Cristo, estamos por nuestra propia cuenta ante la justicia de Dios.

¿Cuáles, entonces, son sus objeciones? Algunos dicen: “No quiero”, y le dan al mundo su corazón. Aún entre los hijos de Dios puede ser que Cristo quede otra vez llamando fuera de la puerta. Sólo piensen en la novia de quien leemos en Cantares, y dijo: “*Es la voz de mi amado que llama; Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío*” (Cant. 5:2), pero ella no abrió la puerta hasta que era tarde: “*Abrió yo a mi amado, pero mi amado se había ido; había ya pasado*” (v. 6).

¿En qué consiste el abrir de esta puerta? Esto no puede explicarse, pues no es el poder del hombre que abre, sino que es la obra misteriosa del Espíritu Santo, tal como leemos en la vida de Lidia: “y *el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía*” (Hch. 16:14). Entonces, cuando sucede esto, la Palabra de Dios se hace la regla de nuestra vida. Entonces llegamos a conocer nuestra pobreza, y nos damos cuenta de cuán perdido estamos. Cuando escuchamos acerca del manto de justicia que ha hecho el Señor Jesucristo, vemos que nuestras vestiduras, nuestras virtudes y deberes, nunca jamás

pueden servir como justicia ante Dios santo. Cuando oímos esa voz de Dios, también nos damos cuenta de cuán ciego somos. Aquí en nuestro capítulo se habla de “colirio”, y es cierto que cuando el Señor nos enseña acerca de nuestra ceguera, comenzamos a orar: “*Señor, que reciba la vista*” (Lc. 18:41). Cuando oímos la voz del llamado de Cristo, nuestra alma ya anhela al Señor. ¿Has experimentado tú?

El oír Su voz es estar de acuerdo con la predicación de la Ley de Dios. Al oír Su voz, nos condenamos ante el espejo de la Ley, y con vergüenza y terror nos damos cuenta de que hemos pecado y no podemos estar delante de Su rostro santo. El oír Su voz es no podemos deshacernos de esa Palabra. Oh congregación, qué bendición si esta palabra los hace buscar al Señor. ¡Qué bendición si tú, como pecador miserable, infeliz, pobre, ciego y desnudo, te arrodillas hoy y dices: “Señor, sálvame por favor. Rompe este corazón endurecido. Señor, no puedo vivir sin Ti, pero no puedo ir a Ti por mí mismo”. Si experimentamos esto, amigos, es evidencia que ya la puerta está abierta. Entonces Le rogamos misericordia al Gran Juez, y reconocemos nuestros pecados e iniquidades. Ya el pecador no puede atreverse a vivir sin el Señor.

Congregación, es el amor divino que abre la puerta cerrada de nuestro corazón; es la obra maravillosa de Dios Espíritu Santo. Él es el que nos revela que lo que imposible para el hombre es posible con Dios. Es Él que obra el lamento para el colirio, para aquel oro refinado de Sus méritos, y el anhelo de ser vestido del manto de la salvación ante el rostro santo de Dios.

Tal vez hay alguien aquí hoy que dice: “Señor, no puedo abrir la puerta; mi corazón es una morada de la iniquidad”. Sin embargo, leemos de Zaqueo que era un publicano, es más, era “jefe de los publicanos”. ¿No piensas que le habría dado temor a Zaqueo cuando Jesús le dijo: “*Hoy es necesario que pose yo en tu casa*”? (Lucas 19:5). La santidad de Dios hace que el pecador se humille, y quizás no te atreves a abrir la puerta, porque te sientes demasiado pecador. Dices con el centurión: “*Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo*” (Mt. 8:8). Oh querido amigo, que esta invitación de buscar tu refugio en Él haga que Lo busques, pues Él dice: “*Si alguno...*” Él dice: “*Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos*” (Is. 1:18).

Congregación, cuando el pecador está llevado a este punto, Cristo entrará por la puerta de su corazón; Él Mismo abrirá la puerta, como si fuera desde afuera. El amor y la gracia de Cristo abren la puerta del corazón, y el pecador se rinde ante el Señor. Esto es lo que significa “abrir la puerta”; es rendirse ante un Dios santo, con todos nuestros pecados, para que Él nos limpie de nuestros pecados. Él entrará en el corazón impío y malo, y quitará todo lo que no debe estar allí, y así aplicando Sus propios méritos.

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en él”. Él desea entrar en el corazón de tales pecadores que no pueden y no se atreven por sí mismo. Él viene especialmente a aquellos que han tenido que arrodillarse ante la justicia de Dios. Con misericordia infinita, Él se revelará a tales personas. Vamos a hablar unas pocas palabras más de conclusión, pero primeramente **vamos a cantar del Salterio 357, las 4 estrofas.**

Congregación, el Señor Jesús escucha atentamente para ver si hay un corazón que lamenta detrás de la puerta cerrada. Los suspiros de los presos son conocidos en el cielo, y Él oír la oración de los necesitados. *“Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en él”.* Escuchen estas palabras: *“Entraré en él”.* Por más indigno que tú te consideres, y por más imposible que te parezca que este Mediador glorioso entre en tu corazón, Él promete: *“Entraré en él”*, quienquiera que sea, y *“cenaré con él, y él conmigo”*. Aquí no se refiere a la Santa Cena, sino que se refiere a la comida de la noche. En los países del Oriente en el tiempo antiguo, la comida de la noche era la comida familiar. Cuando todo el trabajo se había terminado, todos se reunían alrededor de la mesa para disfrutar de la comida y un tiempo de descanso y confraternidad. Ahora, entonces, el Señor Jesús dice: *“Cenaré con él”*. Jesús será el anfitrión celestial, y Él dará a todos el manto de Su justicia. Vestirá al desnudo, al que no se atreve a levantar sus ojos por causa de su vergüenza, y quien se encuentra culpable de todos los mandamientos de Dios, clamando con el leproso: *“¡Inmundo! ¡Inmundo!”* Entonces todos sus pecados le serán perdonados y cubiertos.

Entonces Él que es el Alfa y el Omega, el Primero y el Último, les dirá a los suyos: *“He lavado todos tus pecados y transgresiones, y no los recordaré jamás, y todo lo Mío es tuyo”*. Les dará colirio para que

vean Su gloria, Su gracia, Su misericordia y Su paz, y para que ya no sólo oyen la voz de Su Salvador, sino que también lo vean con sus ojos, y para que digan con la novia de Cristo: “*Mi amado es blanco y rubio, señalado entre diez mil...y todo él codiciable*” (Cant. 5:10, 16).

“*Cenaré con él*”. Entonces Jesús les dará todo lo que Él compró y consiguió por Su pueblo. Sin embargo, también leemos: “...y *él conmigo*”. No sólo verán Su gloria, sino que también recibirán la libertad de aceptarlo por medio de la fe verdadera. Después de todas sus angustias y dificultades, tristezas y lágrimas, ellos aceptarán el manto de la justicia y los tesoros de la gracia. Entonces no sólo lo oirán de Su boca, sino que también lo recibirán de Su mano. “*Cenaré con él, y él conmigo*”. ¡Qué milagro son estas palabras “y *él conmigo*” para el pecador que no merece ni es digno de nada!

Quizás hay alguien aquí hoy que ha escuchado la voz de Cristo, pero no puede abrir la puerta, sino que siente como si estuviera atado. O tal vez hay algunos que solamente pueden decir: “Que pueda tener Jesús o me muero”, pero la puerta es tan difícil y pesada para abrir. A tales personas quiero decir: Derrama su corazón delante de Él; echa sus lágrimas y súplicas a Sus pies. Pídale que Él abra la puerta. Escuchen, ustedes que están afligidos y angustiados, que Cristo dice: “*Cenaré con él*”. Para ustedes, muy pronto Él Mismo vendrá y te abrirá la puerta. Tal vez no te atrevas a dejarlo entrar, diciendo: “Yo Lo decepcionaré; ¡cuántas veces ha llamada a puerta de mi corazón y no he abierto! Me da vergüenza”. Sin embargo, Él dice: “*Cenaré con él*”.

¿Hay algunas personas presentes hoy que todavía se niegan a abrir la puerta, quienes mantienen la puerta cerrada con todas sus fuerzas? Están en la iglesia hoy pero no quieren hacer caso al llamado de Dios a la puerta de su corazón, sino que su corazón anhela las cosas del mundo. O tal vez ustedes, jóvenes, dicen: “Si, sabemos que tenemos que ser salvos, pero somos muy jóvenes todavía. Primero vamos a disfrutar de los placeres del mundo, y luego habrá tiempo suficiente para buscar al Señor”. Oh querido amigo, ¡no postergue! Él está a la puerta hoy, ¿y puedes negar a este Testigo fiel y verdadero? ¡No pierdas tiempo! Él te dice: “*Yo estoy a la puerta y llamo*”. Él tiene el colirio para que tú veas; Él tiene vestiduras blancas para cubrir la vergüenza de tu desnudez.

Congregación, el Señor sigue tocando, llamando, invitando y oyendo a la puerta para ver si hay alguien hoy quien oiga Su voz y quien se arrodille, diciendo: “Señor Jesús, te ruego abrir la puerta de mi corazón. Señor, conviérteme. Quitá este corazón de piedra de mí. Señor, yo no lo puedo hacer, pero Tú puedes”. Queridos amigos, traten de imaginar los sufrimientos hombre rico en el infierno (Lc. 16:19-31). Se había acabado el tiempo de la gracia para él; cuando ya era tarde él deseaba siquiera una gota de agua, pero no lo pudo conseguir, porque ya había muerto y estaba en su lugar eterno.

“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón” (Sal. 95:7, 8). *“He aquí el Amén”*. Si no se abre la puerta, él te vomitará de Su boca (v. 17), y te dejará para siempre. Entonces se verá la vergüenza de tu desnudez para siempre, y para siempre serás desventurado, miserable, pobre y ciego. Oh querido amigo, ¡que el terror del Señor te impresione! ¡Qué Su Palabra, la cual te llega de una manera invitadora y amable, te exhorte a buscar al Señor para ayuda! No puedes perder nada al buscarlo, pero sí puedes perder todo al no buscarlo.

Por último, ¿hay alguien aquí presente cuyo corazón ha sido abierto, y en cuyo corazón el Señor ya mora? Oh, Él nunca jamás te dejará. Dijo a Zaqueo: *“Hoy es necesario que pose yo en tu casa”*. Hijo de Dios, es posible que tú Lo entristezcas con tus pecados, o que tú seas infiel a Él, pero a pesar de esto, estarás para siempre en su corazón. Él es el Alfa y el Omega, el principio y el fin, y nunca dejará a los suyos. Él vendrá otra vez y Su pueblo se deleitará en Su presencia. Pronto no habrá separación entre Cristo y Su pueblo, y Sus hijos disfrutarán de Su comunión para siempre. Ellos habrán recibido el deseo de su corazón: *“Y cantores y tañedores en ella dirán: Todas mis fuentes están en ti”* (Sal. 87:7). Entonces ya no serán tibios, y ya no habrá incapacidad ni frío ni tristeza, sino que Su Iglesia estará con Él para siempre. ¡A Él sea todo el honor, la gloria y la gratitud!

Congregación: *“He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero... Yo estoy a la puerta y llamo”*. Amén